
Los retos del sistema educativo en España

Manuel Salas Velasco

Resumen: En la actual sociedad del conocimiento, la educación asume un papel crucial en la transmisión del saber científico y tecnológico, y de capacidades analíticas y profesionales. El desarrollo de una economía basada en el conocimiento y la innovación es, de hecho, uno de los motores clave del crecimiento identificados por la Unión Europea para salir de la crisis y preparar las economías europeas de cara a la próxima década. Entre otros objetivos, la Estrategia Europa 2020 de la UE establece la reducción de la tasa de abandono escolar temprano a menos de un 10 por ciento y que al menos el 40 por ciento de las personas de 30 a 34 años tengan estudios terciarios. España debe reducir la tasa de abandono escolar en las etapas preuniversitarias —actualmente del 30 por ciento, estando entre los países europeos con mayores tasas— y animar a que la gente joven continúe estudios superiores, bien una formación profesional de grado superior, bien un título de grado universitario —ambos integrantes de la definición de educación terciaria.

Palabras clave: capital humano; demanda de educación; gasto educativo.

Códigos JEL: I21; I28; H52.

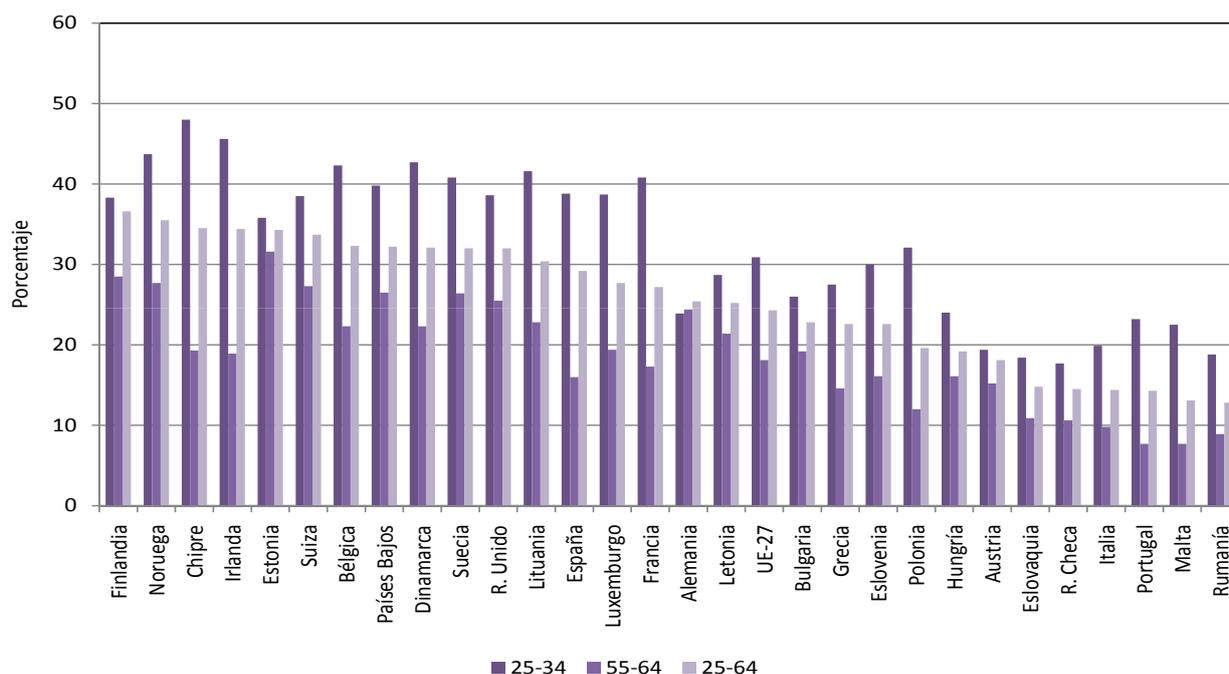
Una población con un buen nivel de educación y formación es esencial para el bienestar económico y social del país. La función de la educación es clave, ya que proporciona a los individuos los conocimientos, las habilidades y las competencias que les permitirán participar eficazmente en la vida social y económica. La educación contribuye igualmente a la expansión del conocimiento científico y cultural. Pero la demanda de cualificaciones cambia constantemente. Las tendencias de los niveles de titulación a lo largo del tiempo proporcionan una imagen del progreso del capital humano disponible en la economía y la sociedad. En la mayoría de los países de la OCDE, las cohortes de menor edad obtienen, como norma general, una titulación en educación secundaria superior (equivalente al conjunto de Bachillerato y Ciclos Formativos de Grado Medio españoles). Por término medio, la proporción de estudiantes de 25 a 34 años con esta titulación es 22 puntos porcentuales más alta que la de los individuos de 55 a 64 años; el cambio ha sido particularmente acusado en Bélgica, Chile, Corea, España, Grecia, Irlanda, Italia y Portugal (OCDE, 2010). Aun así, en España solamente el 65 por ciento de la población de 25 a 34 años ha terminado al menos estudios de educación secundaria superior, por debajo de la media de la OCDE (80 por ciento) y muy alejada de las cifras superiores al 90 por ciento de (OCDE, 2010): Suiza (90,3 por ciento), Federación Rusa (91,0 por ciento), Suecia (91,2 por ciento), Canadá (91,9 por ciento), Eslovenia (92,4 por ciento), Polonia (92,8 por ciento), República Checa

(94,2 por ciento), Eslovaquia (94,5 por ciento) y Corea del Sur (97,6 por ciento).

Las mayores tasas de graduación en la educación secundaria se han traducido en la mayoría de los países desarrollados en una significativa expansión de la educación superior. Las tasas de entrada, participación y terminación en la educación terciaria nos dan una idea de hasta qué punto la población adulta de un país está adquiriendo conocimientos y habilidades de alto nivel. En casi todos los países europeos, como muestra el gráfico 1, el porcentaje de población con estudios de educación terciaria (estudios universitarios o de formación profesional avanzada) es más alto en el grupo de personas de 25 a 34 años de edad que en la generación que está a punto de abandonar el mercado laboral (55 a 64 años de edad). Como media, en los países de la Unión Europea en torno al 31 por ciento de la cohorte más joven ha obtenido una titulación superior (educación terciaria), alcanzada tan solo por el 18,1 por ciento de la cohorte de más edad, mientras que esa media es del 24,3 por ciento en la población total de 25 a 64 años de edad.

El gráfico 1 también revela que en Chipre y en Irlanda la diferencia en titulaciones terciarias entre las cohortes de mayor y menor edad es de 25 puntos porcentuales o más. En cambio, en Alemania, Austria o Estonia el porcentaje de población joven y de mayor edad con estudios terciarios es prácticamente el mismo. En el caso de España, aproximadamente el 39 por ciento de la cohorte más joven ha finalizado estudios terciarios, muy superior al 16 por ciento

Gráfico 1: Población con educación terciaria en Europa. Porcentaje por grupos de edad. 2008



Fuente: Eurostat y elaboración propia.

de la generación de 55 a 64 años, pero un porcentaje muy similar a la población de entre 35 y 44 años (32,6 por ciento según Eurostat), por lo que no ha habido realmente una expansión importante de la educación terciaria en España en los últimos veinte años¹. ¿Cuáles son las razones?

Podemos identificar al menos tres tipos de barreras en el acceso a la educación terciaria en nuestro país. En primer lugar, barreras de tipo económico —insuficiencia de becas y de su cuantía, dado que seguir estudios superiores implica normalmente vivir fuera de casa—. En segundo lugar, de tipo académico —estudiantes que sienten que no pueden avanzar en el sistema educativo—. Por último, de tipo social —insuficiente presión social que exija a los jóvenes a seguir formándose, en una sociedad que no valora la formación, que no tiene gusto por la educación, y donde valores como la capacidad de sacrificio parecen haber desaparecido—. Aunque también es cierto que se trata de una etapa, en general, de prosperidad económica que ha influido en la decisión de trabajar en lugar de estudiar, en una cultura donde ganar dinero rápido parecía ser la prioridad de muchos jóvenes, unos agentes miopes que no ven los beneficios de largo plazo, monetarios y no monetarios, que otorga la educación.

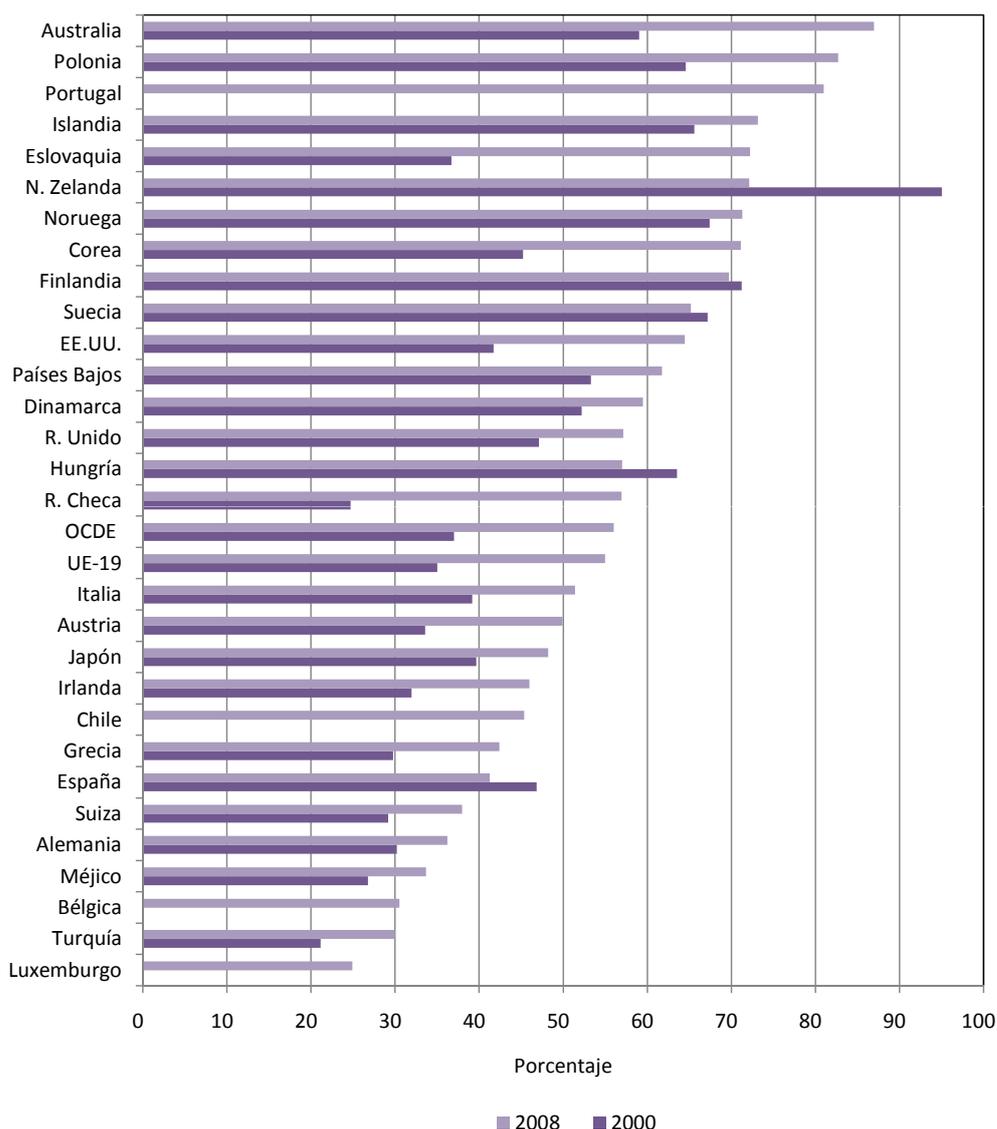
En el caso de las barreras sociales, es fundamental que toda la sociedad española, desde padres hasta docentes, animen a los jóvenes a seguir estudiando.

¹ Todo lo contrario ha ocurrido en Chipre, Lituania o Polonia, donde ha habido un aumento considerable de la población de 25 a 34 años con educación terciaria en comparación con la de 35 a 44 años de edad.

Porque es bueno para la persona y para el país, y para su progreso. El aumento en bienestar de una sociedad se basa en las mejoras individuales que se hagan, y eso pasa no solamente por crear empresas y empleo, sino también por mejorar la formación y el nivel educativo de la población. España no se puede permitir que su población joven vea en la terminación de la ESO a los 16 años el fin de su formación académica, cuando lo que se espera en los países avanzados es que una persona esté en el sistema educativo como mínimo hasta los 22 años (e incluso siga formándose a lo largo de toda la vida). Es decir, extender la educación hasta los 22 años completando estudios superiores es el patrón más común observado a nivel internacional; es lo estándar. Y algo observado ya desde hace décadas en los Estados Unidos donde los jóvenes acuden al *College* (Universidad) para completar un *Bachelor* (Grado). En EE.UU., por ejemplo, se espera que, como mínimo, una persona haya completado un *Bachelor* y es a partir de ahí cuando se plantea una persona si sigue estudiando haciendo un máster (o un doctorado) o comienza a trabajar.

En el gráfico 2 se observa, por ejemplo, que en Australia, de cada 100 jóvenes en edad típica de ir a la universidad, 90 se matriculan en una carrera; en España solamente 40 (en 2008). España se sitúa por debajo de la media de la OCDE y a la cola de los países de la OCDE cuyos jóvenes van a la universidad. El caso español destaca también porque se aleja del patrón de comportamiento observado en la OCDE, esto es, una tendencia a demandar mayor cantidad

Gráfico 2: Tasa de entrada en la universidad en los países de la OCDE en 2000 y 2008



Fuente: OCDE (2010) y elaboración propia.

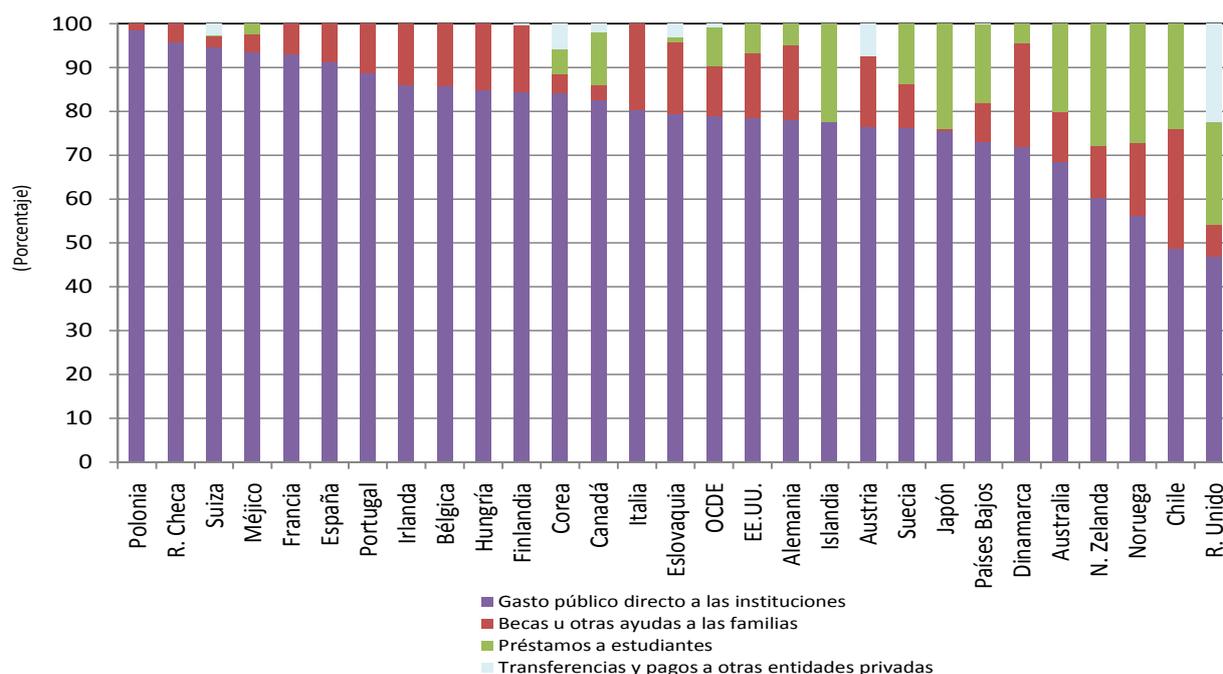
de educación superior. Como se observa en el gráfico 2, en la gran mayoría de países de la OCDE las tasas de ingreso en la universidad aumentaron entre 2000 y 2008; en 9 puntos porcentuales en la OCDE pero con aumentos considerables en Eslovaquia (35 puntos porcentuales) o en Polonia (18 puntos porcentuales); en España cayó la tasa de ingreso en la universidad en la primera década del siglo XXI.

El reto para nuestro país, pero que en última instancia es responsabilidad de todos, está en convertir el proceso educativo en una actividad placentera y no dolorosa. Es decir, muchos jóvenes que están deseando cumplir los 16 años para dejar el colegio es porque perciben como un dolor ir cada día a la escuela, cuando el aprendizaje diario debería ser una actividad placentera en el sentido de disfrutar aprendiendo, discutiendo, etc. Está claro que los gobiernos no han encontrado aún la solución —tampoco los economistas, a pesar de discutir en nuestras

clases el concepto de utilidad/bienestar/felicidad—. Pero no basta solo con animarles, sino también que los jóvenes cuenten con las ayudas públicas necesarias para continuar con sus estudios. El caso español destaca por el bajo porcentaje del gasto público destinado a becas y la ausencia de préstamos a los estudiantes (gráfico 3); y los estudiantes pagan tasas moderadas de matrícula. Reforzar pues los subsidios públicos y lograr un buen equilibrio entre la ayuda financiera en la forma de becas y préstamos para estudiantes puede ser una forma de mejorar la equidad en el acceso a la educación superior.

Una vez que hayamos logrado que una proporción cada vez mayor de jóvenes haya alcanzado estudios superiores, otro de los grandes retos que tiene la sociedad española es la creación de puestos de trabajo de mayor envergadura para sus titulados, puestos propios de profesionales, y no depender del sector público sino fomentar entre sus graduados la

Gráfico 3: Ayudas públicas para la educación terciaria en la OCDE. (Porcentaje). 2007



Fuente: OCDE (2010) y elaboración propia.

cultura emprendedora. Por ejemplo, parte del éxito de la sociedad china radica en esto último precisamente, junto con la fiebre generada entre sus jóvenes de hacer un máster o doctorado en las mejores universidades del mundo. La sociedad también espera que la universidad prepare a los jóvenes como profesionales de la medicina, del derecho, de la gestión empresarial, etc., pero que al mismo tiempo los haga personas críticas, libres, con valores. Y que la investigación que en ella se haga sea de calidad y útil, contribuyendo a la mejora del bienestar de todos los miembros con los avances en la investigación científica, en la investigación médica y, en general, en el avance del conocimiento. Pero el cumplimiento de las expectativas que la sociedad deposita en la universidad exige suficiencia de recursos (financieros y humanos), eficiencia en el uso de los mismos (profesores y estudiantes motivados y que se esfuerzan) y equidad en el acceso, participación y distribución de los resultados educativos.

El contexto al que se enfrenta el sistema educativo se caracteriza por importantes cambios a partir de la creciente globalización —y sus consecuencias tanto a nivel de conocimientos, como de mercado laboral y competencia entre instituciones— y de los desafíos que plantea la sociedad del conocimiento. En una sociedad del conocimiento, caracterizada por el desarrollo y aplicación intensiva de saberes y la demanda de competencias cada vez más complejas, la educación superior asume una relevancia clave como transmisión del saber científico y tecnológico, y de capacidades analíticas y profesionales. Y es

responsabilidad de los gobiernos garantizar que su población más joven siga estudiando más allá de la educación secundaria superior, accediendo a estudios de educación terciaria. De hecho, la Comisión Europea ha aprobado la Estrategia Europa 2020 para salir de la crisis y preparar la economía de la UE de cara a la próxima década. La Comisión ha identificado tres motores clave del crecimiento que deberán ponerse en marcha a través de acciones concretas en el ámbito nacional y de la UE. Uno de estos motores es el crecimiento inteligente, desarrollando una economía basada en el conocimiento y la innovación. Para ello, entre otros objetivos, establece la reducción de la tasa de abandono escolar temprano a menos de un 10 por ciento y que al menos el 40 por ciento de las personas de 30 a 34 años tengan un nivel de educación terciaria. España debe reducir la tasa de abandono escolar temprano —actualmente del 30 por ciento, estando entre los países europeos con mayores tasas— y animar a que la gente joven continúe estudios superiores, bien una formación profesional de grado superior, bien un título de grado universitario (ambos forman parte de la definición de educación terciaria). Estos son actualmente dos de los grandes retos a los que se enfrenta no solamente el sistema educativo, sino la sociedad española en su conjunto.

Referencias bibliográficas

OCDE (2010): Education at a Glance, OECD, París.